



EL MIEDO AL FUTURO Y LAS FALLAS DEL PENSAMIENTO ANTICIPATORIO

POR DR. ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ

El movimiento filosófico de la modernidad europea –y la consecuente occidentalización del mundo– instauró las nociones de lo previsible y de la certeza. La anticipación era una condición del conocimiento y de las tendencias de los fenómenos, procesos y hechos sociales. Parte consustancial de esas realidades previsible fue el control y explotación de la sociedad sobre la naturaleza. La pandemia del Covid-19, de golpe, sitúa a la humanidad de cara a la incertidumbre y el azoro; al tiempo que evidencia las cegueras del conocimiento científico y activa los instintos primarios ante el riesgo de daño o muerte.

El cambio de ciclo histórico y la concomitante crisis civilizatoria, se aceleraron con la pandemia. Pero la génesis de esas transformaciones precede a ésta última y radicaliza las encrucijadas a las que nos sujeta desde hace décadas el colapso climático y el carácter extractivista, depredador y explotador de un capitalismo signado, desde sus entrañas, por las recurrentes crisis económico/financieras.

El eclipsamiento del futuro se remonta a esta crisis civilizatoria y al *destierro de las utopías*. El *rapto de la esperanza* y la pérdida de fe en el futuro y en la acción colectiva condensada en el Estado, son el signo de los tiempos que corren y que se rigen por lo efímero, lo volátil, la incertidumbre, la ansiedad y la angustia desbordante de la conciencia individual y del imaginario social. Rota y deshilvanada toda posibilidad de pacto social entre el Estado, el capital y la fuerza de trabajo, esa esperanza es subsumida por el inmediatez y el nihilismo.

Este miedo al futuro se explica, en buena parte, por la sustracción y marginación del pasado. Con un pasado y su memoria extraviados, mutilados y tergiversados, no existen referentes para comprender el presente e imaginar o proyectar el futuro. La inducción premeditada del olvido y la desmemoria histórica en una sociedad, terminan por erosionar toda capacidad de pensamiento crítico y construcción de alternativas.

Con el olvido no sólo se pierde sensibilidad y arrestos para ejercer la ética de la compasión, sino que las utopías y la humanidad son lapidadas. Sin pasado, no sólo son clausuradas las posibilidades de futuro, sino también el mismo conocimiento y la dignidad humana.

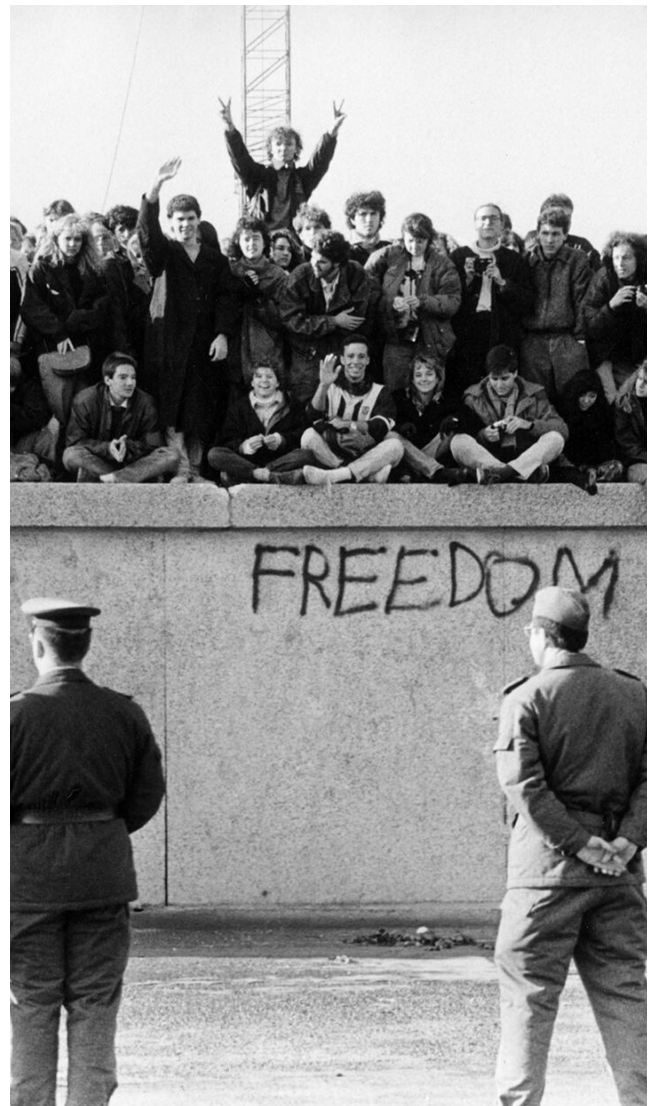
La pandemia nos urge a una reivindicación del pasado, para comprender su causalidad y proyectar el futuro. De lo contrario, la humanidad dará vuelta a la página como si nada grave hubiese ocurrido y como si no fuese urgente tomar perspectiva histórica de los hechos. Descontextualizada por la manipulación mediática, la pandemia es mostrada como fruto de la generación espontánea, como una calamidad que se gestó a manera de hecho sobrenatural y no como un *hecho social total* construido históricamente a partir de la mano visible del hombre y del mercado desbocado.

Una primera ruptura que se evidencia desde antes de la actual emergencia sanitaria –o cuando menos desde el colapso del liberalismo (1968) y la caída del Muro de Berlín (1989)– es la *crisis de sentido* padecida en las sociedades contemporáneas, que se traduce en una misantropía o en un miedo al futuro. Una especie de resignación política e intelectual que maniató a la humanidad para imaginar, pensar y (re)crear escenarios alternativos a futuro.

Ello se relaciona con una especie de *destierro del pensamiento utópico* y con una precipitada devaluación de la política en tanto praxis para transformar la realidad social en sus fundamentos. Ello nos obliga a pensar y repensar –desde la imaginación creadora– en nuevas e inéditas formas y prácticas en torno a la construcción de teoría social y también respecto a la manera en que se toman las decisiones en el espacio público. Sin esa capacidad crítica y creativa para concebir a la realidad social, lo que resta en las decisiones públicas es el inmediateísmo, lo efímero y la seducción propagandística.

La pandemia llegó para acelerar un cambio de ciclo histórico que eclipsa esa capacidad humana para la proyección del futuro y de escenarios alternativos en las formas de *pensar y hacer sociedad*. La *orfandad teórico/ideológica*, la precariedad política y el déficit institucional, súbitamente, quedan al desnudo y nos golpean por obra y gracia de nuestra propia negligencia e impotencia.

Una segunda ruptura suscitada con la actual crisis epidemiológica es representada por los fallos del pensamiento anticipatorio o prospectivo para prever la emergencia e irradiación de un agente microscópico y la radicalización de los efectos de una crisis de larga duración que carcome las entrañas del capitalismo contemporáneo.





La ciencia, alejada de toda posibilidad que le acerque a las certezas, se precipita por el tobogán del *fin de las certidumbres* y es asaltada por la volatilidad de la vertiginosa realidad. La crisis económico/financiera está ante nuestros ojos, drenando náufragos a diario y en todas las latitudes, pero su silenciamiento, encubrimiento e invisibilización, rebasan la palabra y la tornan acción social efímera y objeto de desprecio.

El problema no es baladí: sin capacidad para anticiparnos a los acontecimientos y a los cambios que estos deparan, las decisiones públicas pierden sentido y el proceso de planeación se extravía en sus esfuerzos por conformar una imagen-objetivo a materializarse en el futuro. Entonces el instinto, la reacción y la improvisación, convierten en presa de su propia soberbia y autocomplacencia a los gobiernos.

Así se evidenció en la subestimación hecha por Donald J. Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil y Andrés Manuel López Obrador en México (respecto a este último caso, léase. En ese trance, son vidas humanas las que están en juego en medio de la brújula perdida que desborda a los tomadores de decisiones. Empeñadas las élites políticas y empresariales en ahondar la "grieta" en estas sociedades y en capotear una posible tregua, la confrontación, la denostación y la polarización social toman el lugar de la previsión, la planeación y la racionalización de las decisiones. Las posibilidades de reformismo, cuando salen a la luz, dominan el espectro de la vida pública para escalar la resignación y evitar a toda costa una transformación radical del *statu quo*.

Pero, incluso, ese reformismo –cuando hace acto de presencia simulada– no alcanza para enterar a las élites de la urgencia que amerita el cambio de las desiguales estructuras de poder y riqueza que subyacen en el origen de las crisis, catástrofes y epidemias.

Ambas rupturas imponen, desde las estructuras de poder y riqueza, distopías que exaltan la arrogancia y autocomplacencia de esas élites políticas y empresariales.

La *distopía* de la sociedad de control *biototalitario* –como una entre tantas otras– se impone como una realidad lapidaria. Pensamiento, actitud y comportamiento pasan por el tamiz de la biovigilancia, la geolocalización y el big data, hasta ceñirse a los imperativos de un Estado *sanitizante* o *higienista*, obsesionado con el individualismo, el aislamiento y el distanciamiento social.

En condiciones de reclusión, no existen posibilidades de transformación de la sociedad, pues en medio del confinamiento y la desconfianza en "el otro" como posible infectado, se afianzan las ataduras a la atomización y al individualismo hedonista, obsesionado con el entetanimiento (*tittytainment*, en los términos del estratega Zbigniew Brzezinski). Esto es, se construye un fanático adicto al escapismo, el anestesiamiento, el consumismo y el adormecimiento de la conciencia hasta el extremo de afianzar el social-conformismo. De ahí que la gran triunfadora es la resignación política e intelectual, catalizada por el pánico y la manipulación emocional.



La construcción del poder y la dominación precisan del individualismo y de ciudadanos aislados, desinteresados por su entorno y obsesionados con su placer y evasión. Ello nos hace cómplices de los flagelos sociales y de la débil cultura política de los ciudadanos que se muestran distantes de la toma de decisiones. Instalados los individuos en una virtualidad y en el inmediatismo, los problemas públicos pueden aplastarnos, pero la anestesia nos mantiene en estado inerte, hasta que éstos golpean directa y frontalmente nuestra integridad física y emocional. Ocurre lo mismo con el coronavirus SARS-CoV-2: lo notamos distante a nuestro cuerpo, pese a su masificación, hasta que nos estalla entre las manos y sus efectos asfixian a las familias y/o a las sociedades nacionales.

El Estado de emergencia se impone bajo el supuesto de "evitar el contagio y salvar vidas". La obediencia y domesticación ciegas del ciudadano son condición de esa erosión sistemática de las instituciones y de los derechos y libertades fundamentales.

El *ciberleviatán* se fusiona con la inteligencia artificial para perfilar un régimen bio/tecno/totalitario dotado de legitimidad bajo el supuesto de que se cierne un peligro sobre la vida humana. La supervivencia se impone al pensamiento y a la acción del precariado y a sus necesidades apremiantes; tornándose imperceptibles el despojo, la centralización del poder y la (re)concentración de la riqueza. En ello radica la magia del manejo faccioso de los problemas públicos: se hace creer que un mal (un nuevo enemigo) se cierne sobre la humanidad, pero son encubiertas las crisis multidimensionales y sus efectos corrosivos de la sociedad.

En aras de la *sanitización obsesiva*, no sólo se impone el control digital de la privacidad, sino que también es eclipsada toda posibilidad de acción colectiva, de movilización masiva y de disentir políticamente. Los individuos atomizados, movidos por el miedo, lo asumen sin rechistar y hasta con resignación y complacencia.

El control de los cuerpos y de las mentes está en función de lo que Iván Illich denominó en la década de los setenta como iatrogénesis así como de la dictadura de la medicina. El cuerpo y la mente se adaptan funcionalmente y son subsumidos al cambio tecnológico, a la algoritmización, a la publicidad y a la *obsolescencia tecnológica programada*. Entonces, la ignorancia y el miedo conforman un vértice. Esta *higienización totalitaria* no camina sola, sino que toma la mano del *síndrome de la desconfianza* que carcome las relaciones sociales y las relaciones cara a cara. De ahí que con la pérdida de confianza en la percepción del mundo fenoménico, se gestó la entronización del prejuicio, el encubrimiento, la mentira y la manipulación, propias de la *era post-factual*.

Más aún, inoculada de intereses creados, la ciencia médica deja de lado la observación de las enfermedades y, con ello, mutila la serendipia, pierde capacidad de previsión y socava sus responsabilidades y prioridades en materia de salud pública. Aunado ello a la negligencia política de aquellos regímenes que recurrieron a la opacidad al manejar la propagación inicial del SARS-CoV-2.

El ideal del progreso se diluye ante el eclipsamiento del futuro y la incapacidad para imaginar escenarios alternativos. La misma pandemia impone límites a la arrogancia individualista y al carácter lineal, ascendente, ilimitado y fetichizado del progreso. La crisis epidemiológica no sólo alerta a la humanidad respecto a los límites que prefigura la asediada naturaleza y su efecto bumerán, sino que desestabiliza toda "normalidad" y torna evidentes los riesgos autoinfligidos.

La ciencia médica y el hospital encarnaron esa idea de progreso. Bajo el supuesto de diezmar las enfermedades para vivir más tiempo y de manera sana, se alimentó la previsión y lo predecible; a la vez que se atemperaban los riesgos de la explotación capitalista y se ganaban prestaciones sociales.

Con la pandemia, el capitalismo, cual emperador, se torna desnudo ante la insatisfacción e ilegitimidad que dejará a su paso el vendaval del desempleo, la pobreza y la hambruna. Más que una crisis sanitaria, en sí, la actual es una crisis del capitalismo y una hecatombe del liberalismo, que hundan sus dientes cariados en su propio proceso (des)civilizatorio. Quienes pagarán -ya pagan- esta multidimensional crisis son los miembros de la clase trabajadora, expuestos a la exclusión social y a la consecuente pauperización.

La propagación del virus es directamente proporcional a la postración de la fuerza de trabajo, la caída inducida de la producción y a las deudas contraídas por los Estados. No es la muerte del *fundamentalismo de mercado o de la utopía del mercado autorregulado* -como lo aseguran intelectuales de distintas posturas ideológicas-, sino que la pandemia acelera los mecanismos de acumulación por desposesión y despojo que fortalece a la empresa privada y a las finanzas en detrimento de la clase trabajadora. El endeudamiento erigirá -desde los mercados financieros- un sistema imperceptible de control y disciplinamiento de los Estados y de sus élites políticas. Ya lo era y lo será aún más llevado a gran escala, no solo en el sur del mundo, sino también en las mismas entrañas del capitalismo desarrollado.

La crisis semántica torna obsoletos y desfasados al lenguaje y la palabra. La inadecuación histórica entre lenguaje y realidad, rompe con conceptos y categorías que creíamos adecuados para un mundo rebotante de certezas. La pandemia no sólo nos interioriza en lo local, sino que reorienta la mirada hacia lo inmediato y hacia la vulnerabilidad humana. El riesgo -creado por la huella del hombre y del capitalismo- domina el imaginario social y crea un nuevo tipo de individuos agobiados por la riesgofilia. El miedo ante la posibilidad de la muerte y el pánico ante la segura carestía, son posicionados como rasgos de una sociedad del riesgo global (noción introducida por Ulrich Beck).

La crisis epidemiológica sembrada por el Covid-19 deja una obsesión compulsiva por los datos y los inventarios cotidianos de infectados, muertos o pacientes recuperados. La sensación de ansiedad o serenidad está en función del recuento diario, pero no nos detenemos a pensar en la fiabilidad y consistencia de dichos datos oficiales.

A su vez, esos datos y su narrativa mediática invisibilizan el grado de destrucción de la salud pública y la responsabilidad del ser humano -y su expresión de *homo œconomicus*- en el origen de la epidemia. La *fetichización* del dato es la manifestación más acabada de la colonización desplegada por la racionalidad tecnocrática. De dicha sacralización no escapan las mismas políticas públicas.

Con la pandemia, el Estado -de nueva cuenta- es cuestionado radicalmente en sus fundamentos y funciones. Incapaz de arraigar consentimiento y legitimidad en las sociedades, el Estado agrava la pérdida de fe y confianza en sus estructuras como mecanismo institucional para la resolución de los problemas públicos.

Más aún, los Estados se tornan desinteresados e incapaces de frenar la discriminación que subyace en la diseminación del coronavirus. La crisis epidemiológica nos arroja a la cara el lado más cruel de la sociedad global: el resentimiento, el odio, el racismo, la xenofobia, el despojo, la desigualdad económica y la violencia padecida por el personal sanitario. Al tiempo que estos lacerantes son potenciados por la pandemia, mediáticamente son silenciados e invisibilizados. En una especie de *guerra contra los pobres*, estos estratos sociales son asediados

por la enfermedad, la exclusión, el desempleo y la muerte de ancianos considerados como desechables (la española Confederación Vallisoletana de Empresarios los denominó "colectivo no productivo").

Los "no confinables" representan una categoría que remite a la exclusión social extrema padecida por grupos sociales marginados que no cuentan con techo para confinarse o que se encuentran obligados a laborar en medio de la pandemia tras pertenecer a la economía informal, a las oleadas de migrantes indocumentados o a la provisión de servicios imprescindibles. La Gran Reclusión se funde con el retorno inducido de la gran depresión y ambas son signadas por el desempleo, la desigualdad y la pobreza. Más todavía: *la Gran Reclusión* dejó fuera, y con la peste a flor de piel, a trabajadores y migrantes musulmanes, que salieron de las megaciudades de la India rumbo a sus aldeas, sin previsión y organización, para caminar durante días en condiciones de falta de transporte, hambre, sed y violencia policial que roció a varios grupos con químicos. No pocos murieron por inanición y abandono tras el anuncio oficial del aislamiento. En estas ciudades indias, el aislamiento se tornó promiscuidad en las viviendas de los barrios marginales. El manejo mediático de la pandemia se sitúa en el plano del odio contra los musulmanes. Y este odio se extiende hacia los hospitales públicos que desechan a sus afueras y hacia las carreteras a los llamados refugiados de cáncer.

Del mismo modo, con la Gran Reclusión y el encubrimiento mediático, África, Centroamérica, Asia Meridional y las comunidades andinas, pasaron al olvido de los *mass media* y de los discursos de los organismos internacionales. En tanto que la "guerra contra el coronavirus", se erige como el sucedáneo de las llamadas "guerra contra el comunismo", de la "guerra contra las drogas" y de la "guerra contra el terrorismo" y otros enemigos imaginarios que justifican intervenciones militares, criminalización de los pobres y posturas totalitarias de los Estados.



El *Estado sanitizante o higienista* resbala en el absurdo delirio de estipular medidas sanitarias como el lavado constante de manos, pero interesadamente pierde de vista que en villas, favelas o cinturones de miseria más de 3 mil millones de seres humanos carecen de agua potable o que varios cientos de miles luchan en el sur del mundo contra epidemias olvidadas como el dengue, el zika o el sarampión. Más todavía, miles de millones de seres humanos radicados en el precariado y la exclusión social se enfrentan a la disyuntiva siguiente: la salud o el hambre. Siendo ellos quienes padecen el ácido de la cuarentena como nuevo instinto estatal que privilegió la reacción y no la prevención.

Autoengañados por la seducción del falso confort que genera el llamado teletrabajo o el home office, como en *La Metamorfosis* escrita por Franz Kafka, donde Gregorio Samsa despertó convertido en un espeluznante insecto, la clase trabajadora de los estratos medios que labora en el sector servicios, súbitamente despertará invadida de una mayor flexibilidad y precarización de las condiciones de trabajo. Derivando ello en una erosión sistemática de las clases medias y en su aterrizaje forzoso en terrenos minados por la pobreza.

Que el cenit de la civilización capitalista contemporánea (Estados Unidos) sea asediado, al 15 de mayo de 2020, por 1.432.045 infectados, 86.851 muertos y 36.5 millones de desempleados, evidencia la entronización del mercado y del individualismo, en detrimento de la acción colectiva y de lo público. Como reacción a ello y a la postración del Estado en esa nación, sólo resta desbocar las falsas y nativistas ideologías de la conspiración para culpar a China del desorden interno. De ahí que la pandemia sea una arena más donde se disputa la hegemonía del sistema mundial y en ello juega un papel crucial la mentira, el miedo, la ausencia de liderazgos y de cooperación internacional, así como los reacomodos geoeconómicos y geopolíticos.

Más aún, en el mundo, por gripe común mueren anualmente 650 mil personas. En tanto que por enfermedades relacionadas con la contaminación ambiental murieron, en 2018, nueve millones de habitantes.



Hacia el 2017 murieron de hambre alrededor de seis millones de niños en el mundo. Siendo la segunda causa de muerte, la Organización Mundial de la Salud (OMS) estima que para el 2018 vivían alrededor de 32.6 millones de personas con cáncer. Durante ese mismo año, se diagnosticaron 18.1 millones de nuevos casos de cáncer, al tiempo que murieron por esta enfermedad 9.6 millones de personas. Sin embargo, la industria de la mentira y la desinformación, desde febrero pasado, sembró una desinfodemia y un apocalipsis mediático que mantiene en estado de alarma a la población mundial, siendo que se trata de un coronavirus con un 1% de mortalidad entre los infectados. Entonces el miedo a la muerte se convierte en morbilidad que, paradójicamente, apuesta por salvar la vida.

“

LA MENTIRA Y LA DESINFORMACIÓN SEMBRÓ UN APOCALIPSIS MEDIÁTICO

Las casualidades no existen, existen las decisiones, los intereses creados y las estructuras de poder y riqueza que orientan la desinformación hacia ciertos propósitos desde esta industria del pánico global. Entre estos intereses creados destacan los propios del big pharma o de las mafias de la industria farmacéutica, que -sin duda- serán beneficiarias en la actual pandemia.

Magnificada la amenaza del riesgo sobre la salud y la vida, es acrecentada la necesidad de poder y dominación. Ante esa insensatez de las farmacéuticas por controlar los medicamentos y vacunas, la OMS guarda un sospechoso silencio, mientras la humanidad no se inmuta con la muerte masiva provocada por otras enfermedades y demás carencias y desigualdades.

El tratamiento de la pandemia y de otras enfermedades prevenibles, no atraviesa por la senda de la escasez, sino por la sinuosidad de las asimetrías en las relaciones de poder y en las desigualdades económicas. El almacenamiento de armas y dispositivos militares contrasta con la dotación de respiradores y demás insumos sanitarios para enfrentar la pandemia. El endeudamiento adquirido por los Estados es destinado al supuesto “rescate” de las grandes corporaciones que se apegan a las leyes de quiebras, pero es de dudar que dichos recursos públicos se destinen al robustecimiento y expansión de los sistemas de salud, así como a la provisión de un ingreso mínimo vital con carácter universal, o a solventar las necesidades de la irradiación de las ciencias y humanidades que practican el pensamiento crítico.



La escasez –a contracorriente de lo que dogmáticamente creen los economistas convencionales– no rige las relaciones sociales, sino que esta pandemia es manejada mediáticamente para encubrir la apropiación del excedente y la (re)concentración de riqueza. Si fuese, en efecto, una campaña militar, la escasez brillaría por su ausencia. Si se trata de proveer desinfectante de manos a los pobres de la India o de África, es altamente probable que se les niegue. O si un ciudadano estadounidense cruza la puerta de un hospital y dispone de sus servicios para combatir el Covid-19, será amplia la posibilidad de que no sea atendido si no está dispuesto a facturar 40 mil dólares semanales. Y ello encuentra su correlato en la indiferencia masiva respecto al dolor y el sufrimiento.

Como las guerras, las epidemias representan un *hecho social total* (noción trabajada por el enfoque estructural de la sociología y la antropología), un macroevento, que trastoca y acelera el cambio del conjunto de las instituciones y estructuras económicas, políticas y simbólico/culturales. Muestra a la humanidad en sus debilidades y flaquezas, pero también en su capacidad de resiliencia y de re-proyección. Magnificada la peste por la globalización, sus manifestaciones e impactos no exentan a ningún territorio y grupo social, por muy desconectados que estuviesen del sistema mundial. De los 7,700 millones de habitantes, incluso los escépticos, los que aseguran que la nueva epidemia es una mentira, no son inmunes ni se encuentran al margen de sus efectos. La lógica del homo *oeconomicus darwinista* se impone como un lastre sobre los más pobres entre los pobres, los desempleados, el precariado, los *homeless*, los grupos étnicos excluidos, y sobre las micro, pequeñas y medianas empresas que cerraron y no volverán a abrir sus puertas.

Los grandes problemas mundiales, desde la desigualdad social e internacional, hasta la urgencia de políticas fiscales progresivas; la ampliación de los derechos sociales (educación y salud públicas, gratuitas y universales); la economía de pleno empleo; la supeditación de la financiarización al proceso de producción; el control de los flujos masivos de capitales; la necesidad de que vacunas y medicamentos para enfermedades prevenibles sean declarados bienes públicos globales; la soberanización estatal en la producción y comercialización farmacéutica; la autonomía en las decisiones económicas en aras de procurar la autosuficiencia y la menor dependencia respecto a cadenas de valor territorialmente largas; la desaceleración de la carrera armamentista y nuclear; la violencia intrafamiliar y de género; el hacinamiento en las viviendas y la densidad poblacional de las megaciudades, entre otros, están ausentes del debate público de gran calado que apueste a transformaciones profundas.

Sin esa mínima agenda pública, el futuro de las sociedades nacionales corre el riesgo de extraviarse entre el fundamentalismo de mercado y la crisis institucional y de legitimidad y consentimiento. Asedios estos que no serán subsanados ni con el lenguaje florido, suavizante y anestésico de lo políticamente correcto y que se corresponde con el delirio posmoderno y los discursos neo-conservadores que nublan el panorama de las políticas públicas.

Reducidos a simples apéndices de la gestión de los problemas públicos, los Estados occidentales reaccionan ante la pandemia como autómatas timoratos que dinamitan sus ejercicios de planeación ante lo imprevisto e incierto. No asumieron la alerta de la crisis del cambio climático y ésta se conjugó con la crisis epidemiológica gestada a través de la contradictoria y explotadora relación sociedad/naturaleza. Este Estado no sólo facilitó al mercado arraigar el llamado capitalismo del desastre (señalado por Naomi Klein), sino que aceleró sus efectos y nos acostumbra a una condición de perpetua crisis multidimensional signada por el agotamiento discursivo de los valores de la modernidad europea y de sus instituciones, la irradiación global de la desigualdad y la pobreza y el colapso ambiental que nos acerca a una sexta extinción.

Un buen día, a inicios del 2020, la humanidad despertó de su letargo y, de golpe, fue alcanzada por el futuro y por un drástico cambio de ciclo histórico. La fragilidad, vulnerabilidad y fugacidad humanas, súbitamente, colocan a las sociedades en una encrucijada. Sin embargo, ello no bastó para unir al mundo y a los individuos y comunidades, sino para exacerbar sus diferencias, prejuicios, estigmatizaciones, desigualdades y polarizaciones.



En medio de la parálisis, el misterio y el desconcierto, tal vez sea el momento de (re)pensar esa vulnerabilidad y de transformar las formas y los fondos de las relaciones sociales y la manera en que satisfacemos las necesidades humanas y nos vinculamos con la naturaleza, el miedo, la urgencia, la enfermedad y la muerte.

La pandemia nos urge como humanidad a asumir que nada será igual a antes de enero de 2020. De lo contrario, no existirá margen para el aprendizaje, ni para asumir que el futuro no será una mera continuación del pasado, o un mero continuum mecánico que hunde a las sociedades en un retorno de la "normalidad" o en una nueva monotonía que, al poco tiempo, nos asfixiará de nuevo en la virtualidad y la indiferencia.

Lo único certero que emergerá en el mundo post-pandemia será la aparición de sociedades signadas por una radicalización de la *era de la incertidumbre*, así como por la profundización del individualismo, el vértigo acelerado de las relaciones sociales y la naturalización del pánico ante un virus desconocido y sin cura a la vista. Tanto el pensamiento como la toma de decisiones públicas, corren el riesgo de estancarse y perderse en el desconcierto y en actitudes atónitas que no facilitan la construcción de alternativas de sociedad.

El coronavirus SARS-CoV-2 llegó para quedarse (la OMS lo declaró en días pasados "virus endémico"), pero no está claro si los Estados cuentan –o aspiran a contar– con las posibilidades cognitivas, científicas, médicas, técnicas, organizacionales y políticas para atender ésta y otras pandemias. De ahí que la urgencia estribe en construir esquemas de planeación e indicadores que incorporen los impactos de las crisis y catástrofes sanitarias y que dispongan de los medios para enfrentarlas con la menor pérdida de vidas humanas y de empleos. Lo que definitivamente no será erradicado será la *sacralización del mercado* como racionalidad de los esquemas de planeación y de las políticas públicas, ni mucho menos el *fetichismo del crecimiento económico ilimitado*.

Por último, pero no al último, hay que decir que se vive un doble movimiento en las sociedades contemporáneas: por un lado, el futuro como sinónimo de esperanza se diluye y pierde sentido en tanto que como distopía preñada de crisis y catástrofes, el futuro –sin poderlo anticipar– nos alcanza y lapida como humanidad. De ahí la urgencia de refinar el pensamiento anticipatorio y reivindicar la relevancia del pensamiento crítico y de sus dosis de utopía.

Si no es atendible esa urgencia, se evaporará la posibilidad de forjar un nuevo pacto social que incorpore y atienda –de manera prioritaria– la salud, la economía de los cuidados y la vida humana.



DR. ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ

Universidad Nacional Autónoma de México - UNAM

Maestro en Economía Internacional y Desarrollo (con orientación en Economía Política Internacional) y Doctor en Economía del Desarrollo.

Twitter: [@isaacepunam](https://twitter.com/isaacepunam)



CEEYPP

CENTRO DE ESTUDIOS EN
ESTRATEGIA Y POLÍTICAS
PÚBLICAS

www.ceeyp.org - info@ceeyp.org
Buenos Aires, Argentina.